





y a su ministro de negocios extranjeros, pero me parece que producirá el efecto contrario.

REVISTA AGRÍCOLA E INDUSTRIAL.

TERCERA SEMANA DE SEPTIEMBRE. Efectos del temporal en las cosechas de otoño.

En Abarbete se ofrece el trigo de 32 a 36 reales fanega, la cebada y el centeno de 20 a 24.

En la Habana se ofrecen los precios siguientes para los granos.

completa inacción siendo sus precios verdaderamente nominales.

La feria de Salamanca ha estado concurrida cada vez con mayor número de transacciones.

La fábrica de loza de la Moncloa, en esta corte, ha recibido un impulso extraordinario.

GACETILLA DE LA CORTE.

Ha llegado a esta corte el aeroplano Mr. Arbat, que tanto ha llamado la atención del público.

Una de las mejoras que se preparan para este invierno en el circo de Mr. Paul, será la colocación de estufas.

Dice un periódico: El cabo de mas de un año de clamores de los periódicos y del pueblo madrileño.

La dirección general de obras públicas ha señalado el día 29 de octubre próximo a las doce de su mañana en la sala del tribunal de comercio.

Se halla vacante el magisterio de primeras letras del real sitio de San Lorenzo, dotado con 7 rs. diarios y casa.

Se nos ha dicho que además de hacerse casi imposible el cobro de las contribuciones en muchos pueblos de la provincia de Madrid.

Dice el Baro: Hemos oído que uno de los secretos por el que los hombres de varios países han empleado continuamente desvelos.

NOVELAS DE EL ESPAÑOL... LOS CUARENTA Y CINCO...

Enrique abrió los ojos y vio que el noble animal, levantado de manos y vuelta la cabeza en distinta dirección que el cuerpo.

El caballo, como si hubiera entendido la interpelación y quisiese contestar a ella, corrió precipitadamente en la dirección de Hier, y se puso a escuchar con los ojos fijos y las narices abiertas.

todo esto hasta que lo he visto, Dios mío! Es una inundación! Los flamencos han roto todos los diques!

No estás viendo que no tengo armas, insensato! gritó Enrique: no te defendas, pues, contra un hombre que no te acomete, pero mira... no hagas mas que mirar.

—¿Qué sucede, corcel mío? dijo el joven levantándose y frotándose con su mano el cuello del animal.

—Ah! murmuró Enrique, esto es mas serio, según parece; alguna caterva de lobos que sigue al ejército para tragarse los cadáveres.

—Abrió, abrió, gritó con voz de trueno. Nadie le contestó. —Abrió, Remy, prosiguió el joven lleno de terror; abrid, soy yo, soy Enrique Du Bouchage.

Y al mismo tiempo le condujo a la ventana, la cual abrió de un puñetazo. —Lo ves ahora? Lo ves? le dijo rechinando los dientes.

CAPITULO LXXV. La inundación.

El caballo relinchó de nuevo, bajó la cabeza y con un movimiento semejante al del relampago emprendió la fuga hacia el Oeste.

toda precisión, y no parecía sino que le ocasionaban mil cañones arrastrados por un canino sonoro con un movimiento incesante y precipitado.

—No, no te comprendes, desventurado! Es decir que no ves la inundación que nos viene encima! Remy, es una inundación completa.

—Debilidades, protestos, astucias degradantes, señor conde: os repito que solo entrareis aquí pasando sobre mi cuerpo.

Pero en su carrera pasó inmediato a su amo, quien le agarró por la brida y le detuvo.

Enrique creyó por un momento haber adivinado la causa de aquel alboroto, atribuyéndolo a la que acabamos de indicar, pero pensándolo mejor, dijo: —Imposible; no hay calzada hacia ese lado, ni mil cañones en el ejército.

—Pues bien, entraré por Dios vivo, y pasaré sobre ti. En nombre del cielo, en nombre de tu salvación, en nombre de la tu señora; ¿quieres abrirlo? —No, no, no me atrevo a decir que no.

—Señora! señora! gritó Remy. —No grites, no la asustes; prepara los caballos y partamos al punto. —La ama y la salvará, pensó el criado.

En un prolongado murmullo semejante al del trueno, estridente y grave al mismo tiempo, se elevaba de distintos puntos de un semicírculo que parecía ostenderse de Norte a Sur.

El ruido no obstante iba acrecentándose mas y mas, por lo que Enrique metió espuelas al caballo y ganó una altura.

El joven miró en torno suyo, y vio una de esas piedras homéricas, como las que Ayax Telamon había rodado sobre sus enemigos.

—Pero creyendo ella que aquello significaba una traición o el proyecto de una violencia, se defendía con todas sus fuerzas agarrándose a cuantos objetos encontraban sus manos.

—¿Qué fenómeno es este? dijo Enrique. Será el viento? No, porque el viento no trae ese estrépito desconocido y los dos fenómenos me parecen diferentes.

—El ruido no obstante iba acrecentándose mas y mas, por lo que Enrique metió espuelas al caballo y ganó una altura.

—Al mismo tiempo silbó una balala oído de Enrique, pero no le tocó.

—Oh! sí, sí, señora; es verdad, quiere salvarlos y sin duda os salvará. Venid y salgamos de aquí.

—Un prolongado murmullo semejante al del trueno, estridente y grave al mismo tiempo, se elevaba de distintos puntos de un semicírculo que parecía ostenderse de Norte a Sur.

Lo que el caballero y el caballo veían era una faja oscura, inmensa, infinita hacia el horizonte, semejante a un nivel adelantándose por la llanura, formando un círculo incommensurable y dirigiéndose hacia el mar.

—El joven se lanzó a Remy, y aunque este disparó la segunda pistola, solo prendió el cebo.

—¡Oh! sí, sí, señora; es verdad, quiere salvarlos y sin duda os salvará. Venid y salgamos de aquí.



LOLA MONTES.

Compulsadas las tres ó cuatro biografías de Lola Montes (que ya tiene biografías), nada se saca en claro acerca del lugar de su nacimiento. Cuál le coloca en Irlanda, cuál en Italia y cuál en España. Esta última versión parece hasta ahora la más fidedigna, aunque nosotros no la damos todavía por oficial. Solo la interesada puede fijar las ideas sobre este punto con la publicación de sus memorias que seguramente no se hará esperar mucho tiempo. La condesa de Laensfeld tiene el deber de poner al público y a la historia al corriente de todo lo que se enlace con el principio de su vida y con su existencia actual. La marquesa de Pompadour, y la condesa Dubarry, le han dado el ejemplo.

tojado, como á otros muchos, hacerle notar la diferencia que existe entre su nombre y su acento solo hemos recibido en cambio respuestas evasivas, esplicaciones contradictorias; bien sea que se complazca Lola Montes en encubrir su origen con ciertas sombras de misterio, ó bien adopte estas precauciones por motivos más graves. Siguiendo el orden cronológico, como compete á un biógrafo exacto y concienzudo, nos apoderamos de Lola Montes en la época de su primera aparición en la escena del mundo, esto es, en 1841. Pasaba el tiempo sin que nadie tuviese noticia de su existencia, cuando un latigazo vino de pronto á llamar sobre ella la atención general. Los periódicos dijeron que el arma por sus manos blandida era una fusta; nuestro título de historiadores nos obliga á protestar contra este aserto. La tal fusta es apócrifa; lo que manejaba era un látigo cocheril. Véanlo sino los lectores.

de la nobleza berlinese, es el de pasear en carruaje, con exclusión de las demás personas en cierta arboleda, á cuya entrada se presentó Lola Montes un día. Los guardas cortaron el paso á su lujosa carreta. Es de presumir que la linda intrusa ignorase la consigna, y en cualquiera otra ocasión la hubiera obedecido probablemente, pero la especie de afrenta que en público se la había hecho sufrir, hirió su amor propio y la determinó á tomar venganza. Eróle empero preciso encontrar un cocho de suficiente resolución para arrostrar las leyes de la policía, y desgraciadamente los Automotones de Berlín están enseñados desde la cuna á temer el uniforme municipal. Lola Montes, obstinada en su idea, resolvió servirse á sí misma de cocho. Dicho y hecho: mandó poner su coche, sube al pescante, empuña con mano firme las riendas, y se lanza al paseo privilegiado. Corren los guardas á su alanceo; empúñase ella en que suelten la presa y distribuye latigazos que todo el tino del mayoral más diestro. Diez cicatrices en el rostro de otros tantos polizontes atestiguan todavía la cólera de nuestra heroína. En seguida prosiguió triunfante su carrera. De vuelta en su casa, no faltó quien la aconsejara marcharse á saborear los frutos de la victoria. Y anduvo cuerda en escuchar estos consejos. Al siguiente día se presentaron á su puerta algunos agentes del gobierno, personas muy respetables, que paracalmar el ardor de su sangre querían llevarla á cierto lugar desierto y escondido que se llama la fortaleza de Spandau. Última que se hubiese marchado la vispera.

de la nobleza berlinese, es el de pasear en carruaje, con exclusión de las demás personas en cierta arboleda, á cuya entrada se presentó Lola Montes un día. Los guardas cortaron el paso á su lujosa carreta. Es de presumir que la linda intrusa ignorase la consigna, y en cualquiera otra ocasión la hubiera obedecido probablemente, pero la especie de afrenta que en público se la había hecho sufrir, hirió su amor propio y la determinó á tomar venganza. Eróle empero preciso encontrar un cocho de suficiente resolución para arrostrar las leyes de la policía, y desgraciadamente los Automotones de Berlín están enseñados desde la cuna á temer el uniforme municipal. Lola Montes, obstinada en su idea, resolvió servirse á sí misma de cocho. Dicho y hecho: mandó poner su coche, sube al pescante, empuña con mano firme las riendas, y se lanza al paseo privilegiado. Corren los guardas á su alanceo; empúñase ella en que suelten la presa y distribuye latigazos que todo el tino del mayoral más diestro. Diez cicatrices en el rostro de otros tantos polizontes atestiguan todavía la cólera de nuestra heroína. En seguida prosiguió triunfante su carrera. De vuelta en su casa, no faltó quien la aconsejara marcharse á saborear los frutos de la victoria. Y anduvo cuerda en escuchar estos consejos. Al siguiente día se presentaron á su puerta algunos agentes del gobierno, personas muy respetables, que paracalmar el ardor de su sangre querían llevarla á cierto lugar desierto y escondido que se llama la fortaleza de Spandau. Última que se hubiese marchado la vispera.

de la nobleza berlinese, es el de pasear en carruaje, con exclusión de las demás personas en cierta arboleda, á cuya entrada se presentó Lola Montes un día. Los guardas cortaron el paso á su lujosa carreta. Es de presumir que la linda intrusa ignorase la consigna, y en cualquiera otra ocasión la hubiera obedecido probablemente, pero la especie de afrenta que en público se la había hecho sufrir, hirió su amor propio y la determinó á tomar venganza. Eróle empero preciso encontrar un cocho de suficiente resolución para arrostrar las leyes de la policía, y desgraciadamente los Automotones de Berlín están enseñados desde la cuna á temer el uniforme municipal. Lola Montes, obstinada en su idea, resolvió servirse á sí misma de cocho. Dicho y hecho: mandó poner su coche, sube al pescante, empuña con mano firme las riendas, y se lanza al paseo privilegiado. Corren los guardas á su alanceo; empúñase ella en que suelten la presa y distribuye latigazos que todo el tino del mayoral más diestro. Diez cicatrices en el rostro de otros tantos polizontes atestiguan todavía la cólera de nuestra heroína. En seguida prosiguió triunfante su carrera. De vuelta en su casa, no faltó quien la aconsejara marcharse á saborear los frutos de la victoria. Y anduvo cuerda en escuchar estos consejos. Al siguiente día se presentaron á su puerta algunos agentes del gobierno, personas muy respetables, que paracalmar el ardor de su sangre querían llevarla á cierto lugar desierto y escondido que se llama la fortaleza de Spandau. Última que se hubiese marchado la vispera.

de la nobleza berlinese, es el de pasear en carruaje, con exclusión de las demás personas en cierta arboleda, á cuya entrada se presentó Lola Montes un día. Los guardas cortaron el paso á su lujosa carreta. Es de presumir que la linda intrusa ignorase la consigna, y en cualquiera otra ocasión la hubiera obedecido probablemente, pero la especie de afrenta que en público se la había hecho sufrir, hirió su amor propio y la determinó á tomar venganza. Eróle empero preciso encontrar un cocho de suficiente resolución para arrostrar las leyes de la policía, y desgraciadamente los Automotones de Berlín están enseñados desde la cuna á temer el uniforme municipal. Lola Montes, obstinada en su idea, resolvió servirse á sí misma de cocho. Dicho y hecho: mandó poner su coche, sube al pescante, empuña con mano firme las riendas, y se lanza al paseo privilegiado. Corren los guardas á su alanceo; empúñase ella en que suelten la presa y distribuye latigazos que todo el tino del mayoral más diestro. Diez cicatrices en el rostro de otros tantos polizontes atestiguan todavía la cólera de nuestra heroína. En seguida prosiguió triunfante su carrera. De vuelta en su casa, no faltó quien la aconsejara marcharse á saborear los frutos de la victoria. Y anduvo cuerda en escuchar estos consejos. Al siguiente día se presentaron á su puerta algunos agentes del gobierno, personas muy respetables, que paracalmar el ardor de su sangre querían llevarla á cierto lugar desierto y escondido que se llama la fortaleza de Spandau. Última que se hubiese marchado la vispera.

LOS CUARENTA Y CINCO.

Todo aquello estaba solitario y desierto. Nadie respondía á los repetidos golpes que dieron Remy y su compañera. Remy no vaciló por más tiempo; sacó su daga, cortó una rama de sauce, la introdujo por una rendija de la puerta y apretó con fuerza. La puerta se abrió al punto, y Remy que en todas sus acciones se mostraba hacia una hora con la actividad de un hombre acosado por la fiebre, entró sin detenerse. La cerradura, obra gruesa de algún cerrajer del campo, había cedido casi sin resistencia. Remy empujó precipitadamente á su compañera dentro de la casa, volvió á cerrar la puerta, corrió un cerrojo colocado en la parte interior, y seguro á su parecer, respiró como si acabase de salir de las garras de la muerte. No contento con haber encontrado un abrigo para su señora, la instaló en el único aposento del primer piso, en el cual pudo encontrar á tientas una cama, una mesa y una silla. Algo más tranquilo ya volvió al piso bajo y por una ventanilla entreabierta se puso á observar los movimientos del conde, quien al ver entrar á los viajeros en aquella casa, se acercó á ella sin el menor reparo. Las reflexiones de Enrique eran melancólicas y estaban en armonía con las de Remy. —No hay duda, murmuraba; alguna catástrofe desconocida para nosotros, más no para los habitantes de estas tierras, amenaza al país; la guerra va aislando los contornos, los franceses se han apoderado de Amberes, ó están próximos á lograrlo, y sin duda los aldeanos, poseídos de terror, han huido á refugiarse á las grandes ciudades. Esta explicación era espiciosa, y con todo no satisfacía al joven, aunque le inspiraba otros pensamientos. —¿Qué vienen á hacer aquí, se preguntaba Remy y su señora? ¿Qué imperiosa necesidad las arrastra á un peligro tan terrible? ¡Oh! Lo sabré, porque ha llegado por fin el momento que he hablado á esa dama y de que tengan un término todas mis dudas. Nunca se me ha presentado ocasión más propicia. Diciendo así se adelantó hacia la casa, pero se detuvo de nuevo diciéndose: —No, no; será mártir hasta mi última hora. Por otra parte, ¿no es ella dueña de sus acciones? ¿Sabe por ventura los cuentos que ha forjado ese miserable Remy? ¡Oh! El me los pagará, él únicamente; pues me sostenía que ella no amaba á cristina vendier por mí á quien no conocía los secretos de su ama? No, no; mi desgracia es cierta, y lo peor de todo es que consiste en mí solo, y que á nadie puedo culpar. Lo único que me falta es la revelación entera de la verdad, es el ver llegar á esa mujer al campamento, arrojarse á los brazos de algún caballero y decirle: mira lo que he sufrido y comprende cuánto te amo. —Pues bien, la seguiré hasta allí, veré lo que tiemblo ver y moriré en seguida, escuchando el trabajo de acabar conmigo al mosquete ó al cañon de los flamencos. —¡Ah! Bien lo sabes, Dios mío, añadió con todo el entusiasmo de la religión y del amor; yo no buscabas esta cruel, esta horrible angustia, pues me dirigía tranquilo y resignado á una muerte gloriosa; quería sucumbir en el campo de batalla con vuestro nombre en mis labios y uir á él el suyo en mi corazón. No lo habeis querido así, Dios mío, y me destináis á

CAPITULO LXXVI.

La fuga. Sin perder Enrique un tiempo precioso en tranquilizar á la dama la sacó fuera de la casa y quiso colocarla en su propio caballo, pero ella con un movimiento de invencible repugnancia se libertó del auxilio que oprimía su talte y fue recibida por Remy que la acomodó en el caballo que hasta entonces había montado. —¿Qué es lo que haceis, señora? dijo Enrique. ¿Qué mal juzgáis á mi corazón? No se trata ahora del placer que sería para mí estrecharos en mis brazos y oprimiros contra mi pecho, aun cuando por tanta felicidad esté yo dispuesto á sacrificar mi vida, se trata de huir con la velocidad de un ave. ¿No las veis, señora? Mirad, mirad cómo huyen también las aves. En efecto, aunque el crepúsculo no hacía más que aparecer se divisaban bandadas numerosas de chorlitos y pichones que atravesaban azorados el espacio con rápido vuelo, y en medio de aquella terrible escena y de la oscuridad que la acompañaba, tan apetecible á los murciélagos, aquel vuelo estrepitoso favorecido por las ráfagas del viento, tenía algo de siniestro para los oídos y de deslumbrador para los ojos. La dama nada contestó al joven y pisó su caballo sin volver atrás la cabeza. Pero su caballo y el de Remy que habían caminado dos días casi sin parar estaban sumamente cansados, por lo cual vino á decirle que apenas podían seguirle, dijo á la dama: —Señora, mi caballo anda mucho más que el vuestro, á pesar de que me esfuerzo para contenerle; no os pido la gracia de sosteneros yo mismo con mis brazos, pero ya que todavía estamos á tiempo, tomad mi caballo y dejadme el que montáis. —Gracias, caballero, contestó la viajera con acento tranquilo y sin que su semblante revelase la menor emoción. —Pero, señora, por Dios, exclamó Enrique dirigiéndose hacia atrás miradas de desesperación: la inundación se adelantó; mirad, mirad, ¿no ois el ruido? En efecto, un estrépito horrible se dejó sentir al mismo tiempo; era el ruido de una aldea invadida por las aguas; maderos, techos, paredes, todo había cedido ante el elemento destructor; dos filas de gruesas estacas se habían roto con estallidos semejantes á los del trueno, y las aguas dominando

una muerte desesperada, llena de amargura y de tormento: acepto, Señor, acepto: sea vuestro nombre bendito. Y recordando después aquellos días eternos de esperanzas y aquellas noches de dolor que había pasado delante de la inexorable casa misteriosa, consideraba que descartando las dudas que le desgarraban el alma, su posición era menos cruel que en París, pues al menos la veía, oía á veces el sonido de su voz y aspiraba mezclados con la brisa parte de esos aromas voluptuosos que emanaban de una mujer querida. Y luego proseguía con la vista fija en la casita en que la dama se había refugiado: —Mientras llega esa muerte que espero, en tanto que ella descansa de las fatigas del viaje, me abrigaré debajo de estos árboles. ¿Puedo quejarme por ventura cuando oigo su voz, si habla, cuando diviso la sombra de su cuerpo al través de la ventana? ¡Oh! no, no me quejo, pues soy todavía demasiado dichoso. Y Enrique se echó al pie de los sauces, cuyas ramas cubrían la casita, escuchando con un sentimiento de melancolía, imposible de describir, el murmullo del agua que á su lado corría. De pronto se estremeció, pues por el lado del Norte se oían descargas de artillería que el viento llevaba hasta aquel sitio. —¡Ah! exclamó; llegará muy tarde, pues están atacando á Amberes. Su primer movimiento fue levantarse, montar á caballo y correr, guiado por el ruido de los disparos hacia el lugar de la contienda; más para esto le era preciso abandonar á la dama desconocida y morir acosado por mil dudas. A no haberla encontrado en su camino, Enrique hubiera seguido su suerte sin dirigir una mirada á lo pasado, sin lanzar un suspiro ni pensar en el porvenir; pero después que la hubo encontrado penetró la duda en su ánimo, y con la duda la irresolución. Permaneció, pues, donde estaba por espacio de dos horas escuchando las detonaciones sucesivas que llegaban á sus oídos, preguntándose lo que significaba la irregularidad de aquellos disparos que de tiempo en tiempo se cruzaban con los que parecían provenir de un ataque serio. Estaba muy lejos de sospechar que dichos disparos eran producidos por los buques de la escuadra de su hermano que volaban hechos astillas. Estaba muy lejos de apaciguándose el estrépito, y á las doce y media cesó del todo. El ruido de la artillería no había llegado al parecer hasta el interior de la casa, pues ninguna prueba habíala dado de haberlo oído los dos viajeros que en ella se hospedaban provisoriamente. —¡Ah! estas horas, decía Enrique, Amberes ha sucumbido. ¡Y mi hermano ha quedado vencedor; pero después de Amberes vendrá Gante, después de Gante Bruselas, y de todos modos no me faltará una ocasión para morir con gloria. Sin embargo, quiero saber antes de morir lo que ya á buelta car esta mujer al campamento francés. Y como á consecuencia de todas estas conjeturas la naturaleza había quedado ya tranquila; Joyeuse embozado en su capa permanecía también inmóvil, y entregado á aquella especie de letargo que el hombre no puede acudir en las altas horas de la noche, cuando su caballo, que arrancaba ya yerbos á corta distancia, rebió las orejas y comenzó á relinchar melancólicamente.

BOLSA.

Por fin ayer se han publicado tres operaciones que no merecen tal nombre: importan juntas 636,000 rs.; los dos primeros en títulos del 3 por 100. La insignificancia de las mismas da una idea cabal del estado de la Bolsa, y demuestra que la estabilidad de los cambios á la altura que en la actualidad se encuentran no es segura ni puede ser duradera. En los últimos momentos de Bolsa se ofrecieron ya los cinco á 17 1/8 sin tomadora, y por los tres habia muy poco oferta á 25 1/4. La semana que acaba de transcurrir ha sido de completa paralización para los negocios bursátiles; la inmovilidad ha llegado hasta los cambios; con algunas ligeras oscilaciones estos han quedado ayer en el mismo estado en que se encontraban al principio de ella, con la sola diferencia de que cada día ha ido subiendo de punto el pánico que se experimenta, y desarrollándose la desconfianza. El dinero escasea para toda clase de papel, y la abundancia de este en el mercado va siendo más escasa cada instante. Es probable que el lunes próximo vuelvan á pronunciarse en baja los precios de nuestros fondos, si por una de esas anomalías incomprendibles de los mercados se verifica una artificial subida, como ha ocurrido varias veces en la semana última. De cualquier manera todas las probabilidades son de baja, y cuantos esfuerzos se practiquen no serán bastantes en la actualidad para desfigurar el triste cuadro que la Bolsa ofrece, y el estado de penuria y desesperación en que se halla la plaza. Los títulos del 3 por 100 quedaban ayer á 16 3/4. Las inscripciones de la deuda sin interés á 3 3/8. Los cupones no llamados á capitalizar á 14. Las acciones del Banco de San Fernando á 137 papel. Y las del de Isabel II á 127 dinero.

CAMBIO.

Londres á 90 días 48 d. 80. Coruña 7 1/8 b. p. c. por 1 p. f. Granada 1 b. París id. 3 f. 14 c. por 1 Málaga 2 3/4 2 1/4 b. d. p. f. Santander 4 7/8 b. d. Alcala 1 3/8 b. d. p. f. Santiago 3/8 d. d. Barcelona 2 7/8 b. d. Sevilla 2 1/2 b. d. Bilbao 1 3/4 b. d. Valencia 2 b. d. Cadix 3 b. d. Zaragoza 1 b. Descuento de letras al 6 por 100 al año.

BOLSAS ESTRANJERAS.

LONDRES 18 DE SETIEMBRE DE 1847. Activa 5 por 100 con 10 c. 20 á 1/2. Pasiva. 4 1/2 á 1/2. Diferida. 29 á 1/2. Tres por 100. 25 á 1/2. París á tres meses. 25 á 1/2. Madrid á tres meses. 27 1/4. Cádiz id. 29 á 1/4. Sevilla id. 48 á 1/2. Barcelona id. 47 1/2. Bilbao id. 48 á 1/2. Tres por 100 consolidado. 86 3/4 á 3/4. Tres por 100 reducido. 100. París 20 DE SETIEMBRE DE 1847. Activa 5 por 100 con 15 c. Pasiva. Diferida. Tres por 100 interior. Londres á tres meses. 25 f. 12 c. Madrid á id. 4 f. 93 c. Cádiz á id. 3 f. 17 1/2 c. Bilbao á id. 5 f. 17 c. Cinco por 100 francés. 114 f. 1 c. Cuatro y medio por 100 id. Cuatro por 100 id. Tres por 100 id.

TEATROS.

PRINCIPE. A las ocho. La redoma encantada, comedia de magia en 4 actos. CRUZ. A las ocho. Todo lo viene amor, ó la pata de cabra, comedia de magia en 4 actos. INSTITUTO. A las ocho. Embajador y hechicero, comedia de magia en 3 actos. VARIEDADES. A las ocho. El zapatero y el rey, primera parte: drama en 4 actos. Baile. CIRCO DE MADRID DE MR. PAUL. Ejercicios escogidos. Editor responsable. D. MANUEL DE LIENDO. MADRID: IMPRENTA DE EL ESPAÑOL. Calle del Pez, núm. 6.